

(126)

ojos, y suplicó al tribunal le permitiese hablar antes que los jurados se retirasen para deliberar sobre su suerte.

Concediósele el permiso, y al momento quedó en el mas profundo silencio la sala: todos los espectadores tenian los ojos sobre Teodoro, y apenas se atrevian á respirar por temor de perder una sola palabra de las que iba á decir. Este desgraciado jóven, despues de haberse apretado el pecho con la mano derecha, como para comprimir los movimientos que le agitaban, tomó la palabra con una voz melancólica y grave, pero firme y clara, espresándose en estos términos:

«Milord, y vosotros, señores

(127)

que componeis el *Jury*, lo que acabo de oír me ha demostrado la pavorosa debilidad de la especie humana, y la imposibilidad moral de una justicia práctica. Para juzgar con imparcialidad, el hombre debería ser inaccesible á las pasiones: su inteligencia debería abrazarlo todo; pero no hai mas que una razon mui limitada, y aun está oscurecida por muchos intereses todos estraños á la verdad: sus pasiones tienen tanto imperio sobre él, que no debemos admirarnos de sus numerosos errores, ni de los sentimientos y movimientos desordenados que le agitan.

«Mientras ha durado el insidioso discurso que se os acaba, seño-



res, de dirigir, he tenido que reprimir las imperiosas emociones que ha hecho mi corazón: he callado, he sofocado esta pena, pero no he dejado de conocer que podrian afligirme aun ideas dolorosas. Sí, ciudadanos, no he perdido aun la dignidad de hombre; veo que me es imposible sancionar con mi silencio infames calumnias dirigidas á envilecer la memoria de la mas virtuosa, de la mas casta, como de la mas desgraciada de las mugeres: el crimen no existe donde la voluntad no tiene parte: esta es una verdad eterna que no necesita indicarse.

«La mas negra malicia ha forjado ese cúmulo horrible de imposturas que se acaba de manifes-

tar al tribunal; y pues que se me obliga á vengar á mi muger de los ultrages con que se pretende mancillar su virtud, voi á manifestar á los ojos del público un encadenamiento de circunstancias que marcarán en la frente de sus perseguidores y de los míos el sello indeleble del oprobio universal.»

Aquí Teodoro presentó el cuadro de todos los acontecimientos de su vida, el de sus infortunios y de los de Elisa, bajo un colorido tan interesante y tan vivo, que á escepcion de un pequeño número de agentes ó partidarios de su padre, todos cuantos le oyeron le tributaron lágrimas de compasion y de dolor.

«Así es, continuó, como el so-



plo emponzoñado de la calumnia se ha conjurado contra la mas pura virtud para oscurecerla y oprimirla: asi las atroces persecuciones, los sufrimientos inesplicables de que ha sido víctima la inocente Elisa.... se han ensangrentado con la mas inhumana impudencia para sostener que ha sido criminal. Yo habia resuelto callarme y sufrir mi destino sin quejarme; pero lo que he oido no me ha permitido pasar en silencio semejante infamia: yo reclamo la indulgencia del tribunal: yo le suplico disimule el impulso irresistible de un corazon ulcerado que necesita abrirse por la última vez.

«Sí, yo lo declaro: el hombre á quien debo el ser, que debia

prodigarme su proteccion y su ternura; aquel cuyas virtudes y solitudes paternales tanto se os han ponderado, no ha sido mas que mi perseguidor y mi verdugo: yo me he resistido á su voluntad tiránica implorando su piedad: mis súplicas, mis lágrimas no le han enternecido: todo lo ha despreciado: todo lo que la crueldad mas refinada puede imaginar de tormentos, todo me lo ha hecho sufrir. Yo tenia una muger adorada, yo iba á ser padre, y su odio implacable me lo arrebató todo; y ahora que, gracias á sus indignas maniobras, mi Elisa ha sido infamada, asesinada.... Sí, lo repito, asesinada con el hijo que llevaba en el vientre: despues de ha-



berme á mí tambien perseguido como un malvado de un extremo al otro del reino, viene á reclamarme como su presa, bajo el pretesto quimérico de que estoi de mente, para condenarme á un encierro que no tendria otro fin que el de mi vida; pero pongo por testigo al cielo de que es falso haya sufrido jamas mi razon el menor extravio: estuvo siempre y está en todo su vigor; y en fin, declaro ante Dios y ante los hombres, que el crimen de que se me acusa le he cometido yo á sangre fria, y despues de haberlo meditado mucho tiempo.

«Mi viage á Irlanda para hacer perder mis señas á los que me buscaban, mis diferentes disfraces,

los medios que yo empleé para introducirme con un hombre que multiplicaba para su seguridad toda clase de precauciones, todo lo que hice con el designio de eludir las persecuciones de la justicia, las de mi padre, las de la misma amistad, y todas las diligencias que la esperanza de una fuerte recompensa hacian tan activas; todo en fin, hasta esos informes de acciones extraordinarias que se os han citado, todo prueba que yo he tenido constantemente el uso de mi razon, y que el alegato de demencia está desmentido por todas las operaciones de mi conducta.

«Mis sufrimientos, á la verdad, han producido en mi corazon la sed de la venganza, y la rabia de



la desesperacion. Esta efervescencia se ha calmado bien pronto: luego que he visto que ningun poder humano podia restituirme ya á mi esposa y á mi hijo, ni arrancar del sepulcro al respetable Hanson, he determinado friamente vengarme á mí mismo: esta resolucion fue el decreto de muerte del bárbaro autor de mis males.

«Se ha pretendido persuadir que era inocente: se ha dicho que un hombre tan generoso, tan lleno de honor, no hubiera querido deshonorar á la muger de su sobrino: ¿á dónde estan las pruebas de las virtudes que se le conceden? ¿No se avergüenza el que atribuye sentimientos de generosidad y de honor al que echó á los Hanso-

nes de su humilde choza, que hizo arrebatár al jóven sentado junto á mí, que le hizo enviar á la India como un esclavo? ¿Contaba con su inocencia ese Teodorico, cuando no pudiendo tener ninguna sospecha de mis designios, ignorando aún que yo me hubiese escapado de la casa de correccion donde sabia me hallaba detenido, tenia á sus espensas muchos hombres espresamente encargados de guardarle? ¿Por qué estas precauciones? ¡Ah! sin duda temia la venganza de un esposo ultrajado: su conciencia le gritaba que merecia la muerte: nada temia las leyes, pues los malvados saben evadirse de ellas; ¿pero qué precaucion podia sustraerle al puñal



del hombre desesperado, que nada tiene ya que perder?

«Acaso se creará usar de clemencia conmigo dejándome la vida; pero á mas de que esta indulgencia seria un agravio á la justicia, protesto que lo miraria como una crueldad. Yo me he consumido ya en una horrorosa prision: mi inhumano padre me ha entregado ya al poder de una especie de hombres familiarizados con todos los crímenes: he estado cargado de cadenas, se me ha llenado de ultrages: una falta que cometí por accidente, fue el pretesto de este tratamiento bárbaro. Si fuese cierto que yo habia perdido la razon, ¿no era necesario ante todas cosas emplear los medios

de costumbre para hacerme recuperar la razon? Este padre á quien se presenta tan sensible y tan amante de su hijo, ¿hubiera debido empezar por sepultarle en un calabozo? ¡Ah! es demasiado evidente que estaba bien lejos de creerme demente; y los esfuerzos extraordinarios que yo he hecho para escaparme, no podian tener otro motivo que un ardiente deseo de recobrar mi libertad.

«Tambien se ha dicho que el señor Hanson me habia comprometido á casarme con su hija: esta es una insigne calumnia: el señor Hanson era un hombre de una probidad severa. Yo violenté mas bien su consentimiento á este enlace: las circunstancias que me



rodeaban son las que le hicieron comprometer el reposo de este respetable eclesiástico: ha muerto víctima de su condescendencia á mis deseos y de las bárbaras intrigas urdidas para perderle.

«El jurisconsulto que ha hablado antes que yo, á cuyo talento hago justicia, aunque haya faltado en todo á la verdad por no habérsela dicho, ha puesto delante el axioma, que aquel que razona mal sobre un principio verdadero, es un hombre demente: si semejante principio pudiese ser adoptado, no hai crimen que no sea fácil de justificar: el ladrón no lo es sino porque saca tambien consecuencias falsas de un principio verdadero en sí mismo: su objeto es el

de buscar su subsistencia: este objeto nada tiene de criminal, pero emplea la fuerza para lograrlo: aqui está su crimen, el cual no proviene sino de una consecuencia errónea. Yo mismo he querido castigar un daño que nada podia ya reparar: el principio que me guiaba era justo, pero yo razonaba mal haciéndome justicia á mí mismo; porque si las venganzas particulares fuesen permitidas, arrastrarian inevitablemente la destrucion del estado social: sin embargo, ¿se puede sostener que semejante conducta prueba una razon trastornada? Casi todos los hombres, ministros, sacerdotes, comerciantes, hombres de letras, hombres de placeres, pasan su vi-



da en razonar mal sobre principios verdaderos , ó en razonar bien sobre principios falsos: si me juzgais, pues, insensato en consecuencia de este axioma, pronunciareis entonces la misma sentencia contra toda la especie humana.

«No hay que hacer mérito de un alegato quimérico para hallar la causa del acto desesperado que he cometido: esta causa la reservo yo en mi corazón, y no temo ser desmentido afirmando que todos los que me escuchan hallarán en el suyo suficientes razones, no digo para justificar, sino al menos para hacer comprensible lo que yo he hecho. ¿Qué mortal puede haber tan insensible que oiga referir, sin sentir la mas leve emoción, la

ruina de una muger hermosa, virtuosa, y unida al hombre que ella habia amado, desde el primer momento que su corazón se habia abierto á las impresiones del amor? Decir que me la han arrebatado es una esplicacion mui débil é insignificante, pues no se da de este modo una idea del crimen horroroso que la ha hecho perder: ¡no hai en los anales de los hombres un atentado igual á este! ¡Vosotros, padres virtuosos! ¡vosotras, madres tiernas, que os ocupais con tanta solícitud de la felicidad de vuestras hijas, que las veis crecer y perfeccionarse á vuestros ojos! ¿qué diriais, si os las arrancasen de vuestros brazos, si prostituyesen sus encantos á los infa-



mes deseos de un ser cubierto de crímenes, si se deprimiese y vituperase como á las mas miserables víctimas de la relajacion, á las que deben ser amantes castas, y esposas adoradas? ¿Conservarais la sangre fria de la razon si las vieseis en el hospicio de la miseria, espirando, entregadas á la desesperacion, y sucumbiendo al contagio de una enfermedad infame? ¡Hermanos sensibles! ¿qué sentimientos no se apoderarian de vuestro corazon si vierais padecer semejante infortunio á una de vuestras hermanas? ¡A vosotros particularmente llamo, jóvenes esposos, felices y contentos de la eleccion que habeis hecho! ¿con qué ojos veriais bajar al sepulcro á

vuestras virtuosas esposas, víctimas de tantas infamias? Pues bien, sabed que yo he sufrido todo cuanto acabo de decir. Una muger inocente y amable, mi Elisa, ha perecido despues de haber padecido un martirio con todos estos horrores: ya leo en vuestros semblantes que mi crimen me ha ennoblecido, y que á vuestros ojos toma el carácter de la virtud: cada uno de vosotros, teniendo libertad para esplicarse con franqueza, dirá: No, este desgraciado no está demente; esta venganza puede herir á las convenciones sociales, pero no es un acto de locura.

«Pero veo que me he dilatado demasiado, y pido me lo disimule el tribunal: mi corazon estaba lle-



no de afliccion y tenia necesidad de un desahogo: omito una multitud de reflexiones que se agolpan en mi imaginacion. Sin embargo de que yo no pueda ya dar el nombre de padre al hombre que tanto me ha hecho sufrir, la naturaleza habla aun á mi corazon, y me manda pasar en silencio sus crueldades: las pasiones á que me ha sacrificado hacen al presente su suplicio: fácil es de conocer que ya no hai tranquilidad para él, y que la ruina de sus esperanzas le hace el mas desgraciado de los hombres. Yo habia nacido para llenar los deberes de un buen hijo: me hubiera hallado constantemente respetuoso y tierno si no se hubiese opuesto á mi felicidad.

¿De qué le sirve hoy haber dado tanta importancia á lo que él llamaba gloria de su nombre? ¡Quimeras ridículas! Semejante á un globo de aire que se evapora, nada deja que sirva de señal: sentimientos infructuosos, y un aislamiento horroroso; hé aquí lo que le queda.

«Ciudadanos jurados, permitidme recordaros el rigor de vuestros deberes: vosotros os habeis comprometido á la faz del cielo á pronunciar con arreglo á vuestra conciencia, sin miramientos por ninguna especie de consideracion: si estais convencidos de que cuando maté á Teodorico estaba demente, sujetad vuestra sentencia á esta opinion; pero si en vista de



los hechos que yo mismo os he confesado; si despues de haber declarado solemnemente que esta muerte ha sido meditada y cometida á sangre fria , es imposible negar que me hallaba en el pleno goce de mi razon; y en fin, si no se puede graduar de locura la impetuosidad de las pasiones ni el deseo de la venganza, pues que en el uno y en el otro caso somos dueños de nuestra voluntad, entonces no os es permitida la indulgencia: Dios y la lei os prohiben absolverme; y á pesar de lo rigorosa que debe ser vuestra sentencia, no teneis en qué balancear.»

Teodoro terminó su discurso, y al silencio que habia reinado mientras le pronunció, sucedieron

muchos murmullos, gemidos y lágrimas de dolor. Las mugeres no podian contener sus sollozos; y los hombres, aun los menos susceptibles de emocion, sentian humedecidos sus ojos. El caballero Cyphon, no pudiendo soportar las miradas irritadas de los espectadores, se retiró en medio de gritos generales que el juez logró cortar con mucha dificultad, vituperándolos como atentatorios al respeto debido al tribunal.

Mientras se apaciguaba gradualmente el tumulto, y en el momento en que el juez trataba de tomar la palabra para recapitular los hechos y presentar el verdadero estado de la cuestion sobre que debia pronunciar el jurado, un anciano



no, que habia quedado sentado detras de Teodoro, y que no se le habia visto, se levantó: era Shechem. Todas las miradas se fijaron en él: su vejez, y sobre todo la emocion marcada en todas sus facciones, inspiraron á todos los concurrentes un sentimiento de intereses y de veneracion, que ocasionó un gran silencio. Shechem, despues de haber echado sobre Teodoro, cuya sorpresa habia observado, una mirada que parece decia: en nombre de la amistad, no me interrumpais: suplicó al tribunal le concediese el permiso de hablar antes que los jurados pasasen á las opiniones; diciendo que conocia mui bien la irregularidad de su demanda; pero que en un

asunto tan estraordinario, una ligera variacion de las formas podia tener algun lugar, maxime cuando no perjudicaba á la justicia; y que á mas de esto, el tribunal podia mirarle como un defensor del acusado, y acordarle la palabra bajo este titulo.

Despues de una corta deliberacion, Shechem Bensadi obtuvo del tribunal la libertad de esplicarse.

«Milord y señores, esta es la primera vez de mi vida que hablo en público; pero tal es la fuerza de los sentimientos que me unen al acusado, que me hacen olvidar mi inesperiencia, la debilidad de mi edad y la impotencia en que me encuentro de inspirar á vues-